

simos tapices con que están cubiertas las paredes, y baste decir que los herrajes de las puertas y ventanas están embutidos de oro y su costo se calcula en 7.000,000 de pesetas.

La sala de batallas sigue luego, y mide 55 metros 44 centímetros de largo, por 4 80 de ancho y 7 de alto. En las paredes se ven unos frescos que representan los asuntos siguientes: Preparativos para el sitio de San Quintín, batalla de este nombre, el asalto y toma de la ciudad de San Quintín por los españoles, etc. etc. Hay una valla de hierro que impide acercarse á las paredes, con el objeto de que no sean maltratadas.

Veamos ahora las habitaciones de Felipe II, que están divididas en tres departamentos de ladrillo; las paredes y la bóveda están solamente blanqueadas. ¡Qué contraste con lo restante del edificio! Con razón, pues se lee que Felipe II al construir el Monasterio exclamó: voy á hacer un palacio para Dios y una choza para mí. En la pared hay una lápida con la siguiente inscripci6n:

En este estrecho recinto
murió Felipe segundo

cuando era pequeño el mundo
al hijo de Carlos quinto.
Fué tan alto su vivir,
que sola el alma vivía,
pues aun cuerpo no tenía
cuando acabó de morir.

Existen allí: un sill6n viejo con el asiento de cuero, el escritorio de este rey tan célebre, dos taburetes donde descansaba la pierna aquejada de la gota. A la izquierda está la alcoba donde murió el 13 de Septiembre de 1598, y tenía puesta su cama de tal manera que desde allí podía ver perfectamente el altar mayor de la Iglesia, y oía misa todos los días.

Réstame ya tan sólo decir algo del Colegio que tiene su entrada por la fachada principal del Monasterio, y en el cual se educan un gran número de niños por los padres Agustinos, no sólo en las primeras letras, sino aun en los estudios superiores hasta la licenciatura. Tiene más de 160 celdas ó habitaciones para los alumnos, su biblioteca, sala de billar, un gran salón para funciones de teatro, imprenta, dinamo para luz eléctrica, con la cual alumbran todo el edificio. Públcan mensualmente un periódico llamado "El Colegial" que contiene

artículos escogidos de literatura y ciencias. En fin, está montado á las necesidades y adelantos de la época.

En los alrededores pueden verse el Jardín del príncipe y Casita de Abajo, donde se encontrara un primoroso museo de ricas curiosidades, que está valuado en cuarenta millones de pesetas. La Casita del Infante, ó de Arriba, que mandara construir el Infante D. Gabriel, hermano de Carlos IV, como por último la Silla de Felipe II que es un enorme peñasco, donde se sentaba cuando deseaba ver los adelantos de su obra, y desde donde dictaba sus reales ordenes.

Hemos terminado, sin hacer mención de sus bellos jardines, ni del vestibulo del templo y pasando en silencio muchas bellezas de este lugar.

No pudiendo perder nada el tiempo, por tenerlo muy limitado, salimos á las 11 de la noche en medio de un fuerte torrente de agua que el cielo nos enviaba, para la población de Avila con el interés de conocer tantos monumentos que se relacionan con la simpática santa española, Teresa de Je-

sús. A la 1 y 41 minutos de la noche llegamos á este lugar, mediante el boleto correspondiente que costó en segunda clase 5 francos 45 céntimos, y en primera, 8 francos 75 céntimos.

Al día siguiente nos dirigimos á la Iglesia de los Carmelitas, donde celebramos la Santa Misa, y después nos enseñaron el huertecito que cultivaba Santa Teresa, el Santo Cristo que usaba cuando fundaba algún convento, una carta autógrafa y varios recuerdos ó reliquias de esta Santa. Después nos llevaron al convento de Sr. San José que fué el primero en donde como superiora vivió la gran santa. Allí nos enseñaron el palo que le servía de cabecera cuando dormía. Nos dieron unas avellanas, fruto del palo que ella misma sembró. Vimos la reja misma por donde se comunicaba con su padre espiritual, San Pedro Alcántara, donde extasiados ambos se elevaban con sus mismos asientos. En fin, hable por mí el Sr. Obispo Fierro, quien es ferviente admirador de esta Santa y uno de sus más amantes devotos.

A las dos de la mañana del siguiente día, Domingo 19, salíamos para Alba adonde

llegamos á las seis antes del medio día, dirigiéndonos luego para la Iglesia del Convento de las monjas carmelitas, que está situado en frente del que ocupan los frailes. Deseaban fuese Misa Pontifical, atendiendo á la solemnidad del día, así como á la oportunidad, mas no fué posible, según dijo el P. Provincial, porque no disponían de los ornamentos necesarios, así es que luego celebró el Ilmo. Sr. Obispo la misa rezada y después los demás, tocándome cantar la de comunidad, la que tuvo lugar en el sitio donde está la tumba de Santa Teresa. Las mismas monjitas cantaban con aquella voz tan melodiosa que sin querer hacían elevar uno su corazón á Dios Nuestro Señor. Concluída la misa nos fuimos al Convento de los frailes, donde nos hicieron favor de obsequiarnos un poco de café y pan. Después fuimos á ver las reliquias de la Santa, que aquí conservan, y las que son muy insignes, tales como un brazo y su corazón, distinguiéndose perfectamente las espinas que hace algún tiempo han brotado de aquel corazón que amó tanto á su Dios. Distinguese, ó se vé también en el interior del convento por medio de una reja de hierro,

pues no era posible entrar, por la clausura que hay en él, por ser de monjas, el lugar mismo donde muriera esta gran Santa, reformadora de la orden del Carmelo. Véase allí una cama con una imagen de la Santa, acostada, y con un Santo Cristo en la mano, representándola en el acto mismo cuando volara su alma á obtener el premio de sus muchas virtudes. Aquí está el primer sepulcro donde fué depositado su cuerpo y en el altar mayor se conserva y está el precioso monumento donde en la actualidad se halla depositada esta importante reliquia.

A las doce fuimos á comer con los religiosos, quienes llenos de bondad nos hicieron esta invitación. A mi hermana la mandaron á una casa y nosotros penetramos al comedor; eso sí que hubimos de sujetarnos á no comer carne, como ellos lo acostumbran. Una vez que concluimos nos llevaron al sitio donde se está levantando una hermosa Basílica, dedicada á la gran Santa Teresa, debido al empeño del celoso Obispo de Salamanca, á donde pertenece esta población pequeña de *Alba de Tormes*, tomando su nombre del caudaloso río que pasa por allí, llamado Tormes.

Cuando regresamos al Convento, presentóse el padre de Casimiro Cueto, joven de unos 15 ó 16 años, quien en la mañana había ayudado la misa al Ilmo. Sr. Obispo Fierro, la que concluída suplicó al Ilustre mitrado lo llevase consigo. Con la bondad que le es característica accedió á sus ruegos, y lleno de entusiasmo dispuso luego sus cosas Cueto y hé aquí las apuraciones. En una palabra, arreglóse todo en media hora y á las dos de la tarde le daban la bendición sus padres y hasta Tamaulipas no paró.

Deseosos nosotros de conocer la célebre Salamanca, cuya universidad, por cierto ya extinguida, gozara de tanta fama, determinó el Sr. Obispo nos fuéramos en carruaje y de allí tomáranos después el tren. Así lo hicimos, y 20 pesetas pagamos por el coche, saliendo á las dos de la tarde de Alba, y á las tres y media atravesábamos un río bastante ancho que se encuentra á la entrada de Salamanca. Derecho nos fuimos al convento de las Carmelitas y de allí en el acto nos dirigimos á visitar al sabio Sr. Obispo Fr. Tomás Cámara, religioso Agustino. Recibiéonos luego con sumo agrado y mucha amabilidad, ordenando en el acto

pusieran su coche y él mismo bajó á la Catedral á enseñarnos todo lo que llamaba la atención, y después mandó suplicar al rector de la Universidad, permitieran la entrada, pues pertenece al gobierno civil, á donde fuimos también, y después al célebre convento de los Dominicos, llamado de la Rábida, en donde pudimos ver la selecta biblioteca con que cuenta y lo espacioso de su convento, admirando también, un salón donde estuviera Cristóbal Colón antes de arrojarle á la grandiosa obra del descubrimiento de este nuevo mundo que habitamos. Aquí vimos también el confesonario donde frecuentaba el Sacramento de la Penitencia la gloriosa Santa Teresa.

En la noche nos convidó el Sr. Obispo á cenar con él, y hubo de aceptarse el rasgo de generosidad. Cuando concluimos, que fué á las nueve y media ya estaba el coche preparado para que nos fuera á acompañar á la estación, mas antes de salir del palacio nos obsequió á cada uno con un ejemplar de las obras que ha compuesto, pues es una de las lumbreras en ciencia con que cuenta la siempre famosa España. Estas obras se intitulan: *Contestación á la historia del con-*

ficto entre la religión y la ciencia de Juan Guillermo Draper, Mater Boni, Conferencias acerca de las relaciones entre la libertad humana y la fe católica, Determinismo, La Antropología criminal jurídica y la libertad humana, y Vida de San Juan de Sahagún.

Muy agradecidos á tanta bondad, nos despedimos y tomamos el tren que estaba ya listo para conducirnos á *Medina del Campo*, pagando 48.35 en primera hasta Santander. Aquí trasbordamos en Medina, y llegamos á las 11 de la mañana al Puerto de Santander.

El Señor Obispo fué allí recibido por la estimable familia del Sr. Siesniega, y nosotros fuimos á alojarnos en el hotel de *Doña Francisca*, que está situado frente al mar. Allí nos encontramos con un paisano, el Sr. Dr. D. Angel Gaviño, que había asistido al Congreso de Madrid, y de regreso estaba también.

Dos pesetas se pagan por la carrera en un coche, y tres por hora, y si montan cuatro personas, son cuatro pesetas. Pues bien, un carruaje nos condujo al hotel y con sorpresa fuimos viendo en la calle á los compañeros; los primeros fueron el Sr. Canóni-

go Rosas y el P. Maciel, quienes se lamentaban de la enfermedad del P. Vera, y que tal vez sería de gravedad, lo cual sentimos demasiado.

Una vez instalados en el hotel donde pagaríamos ocho pesetas diarias por todo el servicio, fuimos al correo y después á visitar á los demás compañeros, pues sabido es que ninguna cita había y sólo por conjeturas creíamos volvernos todos. Por lo mismo estábamos llenos de curiosidad, por saber quienes seríamos compañeros en el mar.

Díjonos luego el Sr. Canónigo Rosas que el Sr. Obispo Amézquita, así como la Srita. Natalia Grimaldo se habían embarcado en *Saint Nazaire* y exceptuando al Sr. Canónigo Gordillo, á su hermana y sobrinos que el mes anterior se habían embarcado, y á los que les tocó el sustito que dieran los americanos al "*Lafayette*" á los Sres. Pbro. Cárdenas y Romo que se irían mas tarde por Nueva York, y al Sr. Canónigo Torres que ya había idose también por los Estados Unidos, todos reunidos estábamos ya en Santander esperando la partida del vapor *Versailles*, que debía conducirnos.

Nos presentamos luego al señor cónsul mejicano, requisito que exigen en la administración de la vía de vapores, para registrar el boleto. Nada exige el Sr. Cónsul de derechos por esta operación, mas por el registro de boletos hay que pagar 27 pesetas y 20 céntimos por cada uno; es que son *derechos de bandera*, pues si se embarca uno en puerto francés y tomando vapor de esta compañía nada había que pagar según nos dijeron. En fin, todo listo estaba y sólo faltaba el vapor que en camino vendría, y el que á las 12 del día, domingo 22, se presentó en la playa de este puerto, Santander.

Apurados estábamos comprando hostias y el vino y cuanto se necesitara para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, pues á la venida no pudimos verificarlo por ignorar que en la actualidad se necesita la licencia expresa del Romano Pontífice. Así es que verdaderos deseos teníamos de inmolar el Cordero Inmaculado, en medio de ese mar tan inmenso en donde no hay más templo que un pequeño altar cuyas bóvedas son las azuladas del firmamento, y al efecto ya traímos la correspondiente licencia que alcanzaron personalmente de Nues-

tro Santo Padre los RR. Obispos que nos acompañaban, aparte de que ignorantes de ello también la habríamos conseguido *in scriptis*. El Sr. Canónigo Rosas compró todo lo necesario, aun los ornamentos, pues sabido es que en los vapores de esta compañía francesa no hay capilla, ni capellán, ni nada absolutamente.

A las dos de la tarde todos nos apresurábamos á tomar el botecito que nos debía conducir, así como nos proporcionábamos un carrito que condujera al muelle todos nuestros equipajes que eran algunos. Todo quedó arreglado con un mozo del mismo Hotel donde estábamos alojados, mediante dos pesetas por persona con todo y los equipajes, de suerte que en medio de un día claro y sereno abandonábamos las playas de la heroica España, tal vez para no volver á pisar esas tierras de los Pelayos, Hernán Cortés, Felipe Segundo y tantos célebres genios que de su fecundo suelo han salido. Presentados los boletos al Sr. Comisario, nos fueron colocando según el número que ya con anticipación nos había señalado, cuando los sacamos en el despacho de la Compañía, tocándome el número 300 en

compañía de mi tío, y todos los demás en los camarotes siguientes instalados quedaron. He aquí á los peregrinos mejicanos colocados en el palacio flotante y entregados á merced de las olas que algunas veces se presentan muy encrespadas y furiosas, que parece todo lo quieren destruir, como ya alguna vez lo han hecho. Trescientas veinticuatro millas inglesas recorre en 24 horas este vapor Versailles, aunque no es de los mejores que la Compañía francesa tiene.

A las once de la noche todo estaba arreglado y el Sr. Capitán daba la orden de partida, levantando luego las anclas y poniéndose en movimiento sin demora. Un adiós tal vez eterno dábamos á la vieja Europa y la abandonábamos ya para regresar á nuestra hermosa Tenochtitlán, á la tierra de María de Guadalupe. Los Señores Obispos Amézquita, Ibarra y Fierro; los Señores Canónigos Romero, Rosas y Nieto; los Señores Presbiteros Luna Menocal, Vilehis, Basurto M., López, Calderón, González, Hueso, Delgado, Maciel, Luque, Vera y yo; el Señor Doctor Barbosa; las Señoritas Orendáin, Basurto y Grimaldo, así

como la Señora de Baez y su esposo y los Señores Romo, Flores y D. Rafaelito nos encontrábamos á bordo de este vapor, ya de regreso á nuestra adorada patria. Había que caminarse trescientas veinticuatro millas para llegar á la Coruña, donde aclararía el vapor, de suerte que poco tendríamos que esperar para volver á ver tierra. Acerca del servicio en este vapor nada podré decir, porque ya se deja entender, extrañábamos siempre la cocina mejicana, así como también porque con el mareo muy poco puede uno tomar de alimentos.

El orden de los vapores de esta compañía, es el siguiente:

De siete á ocho de la mañana puede uno tomar el desayuno consistente en té ó café con leche, así como pan ó galletas. A las diez se almuerza. A la una y media agua fresca, á las seis se come; y por último á las ocho té. Por supuesto es necesario estar puntuales, porque de lo contrario ya nada sirven y si lo hacen es de muy mala gana y diciendo algunos improperios, prefiriendo muchas veces cuando no se puede estar puntual, el prescindir de todo, extra-

ñando muchísimo el trato y alimentos de los vapores españoles.

Al día siguiente casi todos los sacerdotes celebramos el Santo Sacrificio de la Misa, levantándose dos altares, uno en el salón y el que sólo para los Sres. Obispos Amézquita y Fierro servía. El Ilmo. Sr. Ibarra lo hacía en el salón de las señoras, y después de él nos aprovechábamos algunos otros hasta las siete, pues pasada esa hora no permitían en ninguna parte. Todo el día estuvo muy tranquilo el mar y á las tres veíamos ya tierra española; á las tres y media presentóse el práctico y á las cuatro arrojábase el ancla muy cerca de la playa. Estaba lloviendo mucho y por eso casi nadie bajó, sólo el Padre Hueso, yo y algún otro. Es esta población de la Coruña un puerto de bastante movimiento, aunque sus habitantes son pocos, habiendo, sin embargo, algunos regulares comercios. Vimos allí anclado el famoso y precioso "Monserat" que nos había dado hospedaje cuando de Cádiz nos dirigíamos á Barcelona. Lo contemplábamos con asombro al ver que debido á la pericia de su diestro capitán Deschamps, á quien tuvimos el gusto de

conocer y tratar, había burlado el bloqueo y se había escapado de los americanos.

Los botes cobran una peseta por viaje redondo. A las 10 de la noche levantó anclas y teníamos que recorrer 3,360 millas para llegar á St. Thomas, recorriendo hasta las doce del día 300 millas y faltando 3,064. El viernes 25 estuvo muy agitado el mar y á consecuencia de esto casi todos se marearon y nadie celebró. El refectorio estuvo muy desierto y el vapor recorrió 317 millas, siendo bien poco, pero el mal tiempo le impidió recorrer lo acostumbrado, faltando 2,747 para llegar á St. Thomas. A las doce del jueves 26 algo se compuso el tiempo y se recorrieron 330, faltando para llegar al próximo puerto 2,417.

El viernes 27 á la misma hora se habían recorrido 350 millas y faltaban 2,067. El 28, 352, y restan 1,715. El 29, domingo, celebróse el Santo Sacrificio, al cual asistieron casi todos los pasajeros, menos la tripulación, que en obsequio de la verdad, es un poco despreocupada, pues nunca ví que siquiera uno asistiera; no así en los vapores españoles, donde es de ordenanza, y desde el capitán hasta el último sirviente

se les ve al toque de campana presentarse limpios y con decoro en el lugar designado para el efecto. El tiempo se presentaba muy bueno y alegres y festivos esperábamos el Champagne y los helados. Recorriéronse 349 millas y faltaban 1,366. En la noche, después de la cena, nos reunimos en el comedor para cantar el Santo Rosario. ¡Qué bella y encantadora es nuestra religión! En todas partes y á cualquiera hora puede el cristiano levantar su voz y entonar himnos de gozo y placer, bendiciendo á la tierna Madre del Redentor. Después tomó la palabra el Sr. Amézquita y durante un cuarto de hora nos hizo algunas reflexiones que á todos nos conmovieron. No pudo dilatarse más porque no obstante que nos encontrábamos en un acto religioso, los mozos entraban y salían y ponían y quitaban platos, no siendo suficiente la displicencia que manifestábamos para que fueran más prudentes.

El lunes 30 se recorrieron 334 millas y faltaban 1,032, estando todo el día el tiempo muy malo. El martes, 321, y faltaban 711. El día 1^o 349 y faltaban ya tan sólo 362, habiéndose compuesto el tiempo.

A las tres de la tarde menos quince minutos del día 2 presentóse el práctico, y pasando diez de las tres, vino el inspector de la sanidad y pudimos penetrar al puerto de St. Thomas, posesión inglesa, á las tres y cuarto.

Esta población tiene de 7 á 8,000 habitantes, negros la mayor parte de ellos. Como era mucha la cantidad de carbón de piedra que había de cargarse, no pudieron señalar el día ni la hora de la partida; por lo mismo, había tiempo de bajar y conocer esta calurosa población, donde siempre está uno lleno de sudor. Esta tarde anclaron también un vapor americano llamado "Mariade" y otro inglés denominado "Floridian," el primero á las 5 y el segundo media hora después.

El día siguiente nos fuimos casi todos á celebrar en la primorosa iglesia que á costa de miles de trabajos han levantado los Padres Redentoristas, fundados por San Alfonso María de Ligorio, única que por cierto hay en este lugar donde la mayor parte de la gente es incrédula y casi impía. Dos francos por persona pagamos por el asiento de la caoa, de ida y vuelta. Muy

atentos como casi en todas partes se mostraron estos sacerdotes, quienes al concluir de celebrar nos condujeron á sus habitaciones y nos ofrecieron una sabrosa taza de café con leche y con instancia nos hicieron tomarla.

Agradecidos de tanta deferencia, nos volvimos al vapor para esperar el momento de la partida, que á las ocho de la mañana del sábado 4 tuvo lugar, habiendo empleado todo este tiempo en cargar carbón y víveres, encontrándose ya á bordo algunos cubanos que huían á alojarse á la hospitalaria Méjico. Cuando levantaba anclas nuestro vapor presentábase otro alemán llamado "Galicia."

Con el mar tranquilo y la mayor calma posible zarpamos de este puerto, y debíamos caminar 680 millas que hay de distancia de este lugar á Jamaica. El domingo 5 en que la Iglesia celebra la festividad de la Santísima Trinidad, casi todos los sacerdotes celebramos y los peregrinos seculares comulgaron, y todos los pasajeros oyeron la Santa Misa, excepción hecha como siempre de la tripulación. Celebraba mi día de días en alta mar, en el mar de las Antillas, mas

lleno de regocijo por encontrarne en medio de una familia algo numerosa, pues así puede llamarse á todos los compañeros, tanto nos habíamos identificado en nuestro modo de ser. Deseaba el Sr. Obispo Amézquita hubiera tenido lugar una misa cantada, mas por las dificultades que siempre ponen en estos vapores no fué posible, contentándose tan sólo con el rosario que en la noche se cantó, y una plática que nos dirigió en la que se llenó de entusiasmo, y la que fué acompañada de aquella unción que siempre acostumbra dicho Señor, una de las glorias de nuestro ilustre Episcopado mejicano.

A las 10 de la mañana del lunes seis empezamos á ver tierra, pues muy cerca estaba ya el puerto de *Kingston, Jamaica* y posesión también inglesa. A las 12 y media presentóse el práctico, y á la una el inspector de la sanidad, anelando á la una y media en la bahía de este interesante puerto, que cuenta con una población de 100,000 habitantes, siendo de éstos 25,000 católicos, y la mayor parte protestantes. Un obispo católico reside en medio de ellos. Como llovía mucho y había anclado un poco lejos de la playa, porque anunciaba que

á las cuatro de la tarde partiría, muy pocos bajaban á tierra. Mas después con motivo de un buen número de pasajeros, sobre todo cubanos que debían tomar este vapor, y aun no estaban arreglados, arrimaron el vapor hasta el muelle y entonces casi todos bajaron, teniendo los primeros que lo habían hecho, algunos disgustos por los abusos de los dueños de los botes, y la dificultad de poderles pagar los chelines, á consecuencia de escasearse entre nosotros la moneda inglesa pequeña. Todos los efectos eran en este lugar muy caros y nada pudimos comprar.

A las nueve de la mañana del día siete, levantó anclas nuestro majestuoso vapor *Versalles*, dejando también en esa bahía un buen número, entre ellos se encontraban tres españoles y un americano llamado *Kanapaha*. Entre los españoles pudimos ver el *Purísima Concepción*, que cargaba viveres para la Habana, y el que á pocos días de estar en Méjico vi en un periódico, había llegado con felicidad y salido de este puerto.

Mil ciento sesenta millas nos faltaban unicamente que andar, para llegar á las

playas mejicanas, así es que indescriptible era el regocijo que teníamos, y la resolución con que todo sufríamos, esperando sólo el momento de poder ver á nuestros paisanos, abrazar á nuestros parientes y doblar nuestra rodilla ante María Santísima de Guadalupe, en su hermosa Basílica construida al pie del cerro, donde llena de misericordia se apareciera al feliz indio Juan Diego. Con esta ansiedad pasamos el resto de la mañana y la tarde del martes siete. Los días miércoles 8, jueves 9 y viernes 10, si bien es cierto que con un buen temporal, aunque siempre había algún recelo á nuestro golfo de Méjico, el que aun á los mismos tripulantes llena de pavor.

Acercóse ó llegóse por fin el día deseado: se nos había asegurado que en la noche del viernes 10 veríamos si posible fuera las costas de Veraacruz. Así es que nadie quería bajar á su camarote, pues deseábamos ser los primeros en que cual Colón, descubriéramos nuestra hermosa tierra y gritar llenos de entusiasmo: "tierra, tierra." Hubo algunos que firmes y al pié del cañón estuvieran sobre cubierta, mas la mayor parte nos fuimos á dormir un poco, pues hasta

como la una se descubriría la tierra. Con un baño de ducha me vine á despedir del mar. Estando solo y en paños menores me encontraba recostado dormitando tan solo, cuando sin avisar, ni decir allá voy, por el agujero que en mi camarote había, se introdujo un buen chorro de agua que de piés á cabeza me bañó. Dí un salto y me puse á saborear la sal que en gran cantidad contiene el agua del mar. En el acto quitéme la ropa sin acordarme de ella más, pues luego me puse otra y me subí á cubierta, que era hora ya de ver las luces del puerto de Veracruz.

Una vez allí, me encontré con mi tío Modesto que lleno de gusto me decía: "desde la una de la mañana vimos el faro de Veracruz, mas hemos estado dando de vueltas y ya se perdió." Recarguéme en el barandal, así como otros compañeros, pues ya también el Ilmo. Sr. Fierro, el Sr. Canónigo Nieto, el P. Lopitos, Gonzalitos y muchos más, estábamos listos. Pues bien, á las cuatro de la mañana volvimos á ver allá en lontananza una muy pequeña luz que nos indicaba estaba muy cerca el puerto, y puerto mejicano. Siguió el vapor funcionando y

poco á poco fuimos descubriendo más luces, y locos de contento íbamos y volvíamos.

Lo que nunca nos había acontecido pasó en esta ocasión, en que deseábamos con ardor bajar á tierra, pues frente á la Ciudad de Veracruz nos encontrábamos y cual Moisés de lejos sólo mirara la Tierra de Promisión, así nosotros, sólo veíamos nuestra cara patria, porque el Inspector de Sanidad no parecía y ni su luz mirábamos. A las cinco y media llegó el Sr. Práctico, mas la sanidad dormía. En estas ansias mortales estuvimos hasta las ocho y media, en que en botecitos mirábamos allá á lo lejos, mas en breves instantes se encontraba en medio de nosotros, y hé aquí que en el acto y como por encanto, prodújose un gran movimiento en todo el vapor, buscando cada uno sus equipajes, ya mirando á los compañeros, ya contratando el bote, y en fin, bajando la escalera para tomar asiento en la lancha para ir á tierra.

